

Tendría dieciocho años cuando le dio por dar uso a las tizas. A pocos metros de su casa, casi desembocando en la plaza del pueblo, se mantenía en pie a duras penas un caserón antiguo que el ayuntamiento se ocupaba de encalar todos los años para no ofrecer una mala imagen a los escasos turistas que aparecían por allí buscando cualquier otro sitio. Crisanta comenzó a pintar.

El mural estaba alcanzando unas proporciones considerables, y tuvo que valerse de una escalera para continuar rellenando los huecos que quedaban por cubrir de tiza. Con frecuencia, la lluvia malograba su pintura. Crisanta reconstruía entonces lo deshecho en una tarea interminable. No le importaba. Incluso aprovechaba las partes que se habían difuminado para formar un nuevo dibujo a partir de ellas, como si fueran un recurso estilístico más que aportaba valor al conjunto. En ocasiones, la pintura desaparecía por completo, principalmente en los meses más lluviosos, y entonces se ponía loca de contento al ver tanto blanco sobre el que pintar. La suya era una labor que no tenía fin.

Tamaño libro cerrado:
12,85 x 19,84 cm

JAVIER FABUEL FERNÁNDEZ

LA LABOR DE CRISANTA

JAVIER FABUEL FERNÁNDEZ

La labor de Crisanta



 autopublicaciones aliterata